



Qué crisis, en qué bibliotecas, para qué gente

Javier Pérez Iglesias

Jefe del Departamento de Cooperación
Universitaria y Científica de la AECID

*Para Michela Montesi
que me hace pensar en las bibliotecas con otro aire,
y para Cloe,
que ha venido a leer en este siglo XXI*

Hace ya casi un año que dejé las bibliotecas, como profesional, para trabajar en cooperación al desarrollo desde el ámbito académico y científico. Aunque ya no ejerzo como bibliotecario, sí que sigo relacionado con actividades que tienen que ver con el acceso a la información, la creación y difusión de conocimiento, el aprendizaje, el estudio, la investigación... Asuntos, todos ellos, profundamente relacionados con las necesidades de información de las personas, con su afán de conocimiento y con el derecho de acceso a la cultura que, en muchos casos, es garantía de otros derechos fundamentales.

Trabajo en un medio en el que la cultura se ve como una herramienta de gran valor para el desarrollo de las personas, los pueblos y los países. Siempre he creído en ese paradigma y he visto a las bibliotecas como una pieza fundamental para ese cir-

culo virtuoso que hace que a mayor grado de educación y cultura se creen mayores posibilidades para el desarrollo.

Así que, con todas esas cuestiones tan cercanas a mis afanes diarios no me he podido resistir a la propuesta para participar en este proyecto de *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*. Además, pensar en los servicios públicos de información y lectura, desde fuera, sin estar implicado profesionalmente, me parece que puede ser interesante para ordenar mis ideas y poder ofrecer a los lectores una visión comprometida y, al mismo tiempo, liberada de algunas ataduras.

¿Qué pueden hacer las bibliotecas por las personas en tiempos de crisis? Ahora que la propia biblioteca, como institución, estaba pasando su particular crisis, acomodándose al panorama que marca Internet como gran espacio virtual en donde se



Biblioteca de la Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar (Senegal)



genera la información y por donde ésta circula aparentemente sin control.

Es un lugar común, aunque muchos profesionales bibliotecarios siguen actuando como si tal cosa, que las bibliotecas han perdido su centralidad como proveedoras de información. En los campus universitarios de todo el mundo (por poner un ejemplo en donde hasta hace no mucho los usuarios eran una población cautiva) la biblioteca ya no es el espacio privilegiado en el que se encuentra la información. Eso es así, no sólo porque muchos servicios ya están distribuidos telemáticamente y los usuarios acceden desde su despacho o su casa. No, no es sólo eso. La pérdida de centralidad, ese doloroso dejar de ser “el corazón del campus”, es un fenómeno que va más allá del aumento de la información disponible en formato electrónico y de que, para muchas personas, lo que no es accesible desde su pantalla ya no tenga interés. Ocurre que investigadores, académicos y estudiantes ya no buscan en el catálogo de la biblioteca como primer lugar para encontrar información sino que directamente “googlean”. ¡Y, por supuesto, muchos bibliotecarios también lo hacen!

Con este panorama, ¿pueden hacer algo las bibliotecas ante una situación de crisis económica que hace peligrar sus presupuestos? Yo parto de la idea de que las bibliotecas son más que sus colecciones, más que sus espacios, más que su personal y más que sus servicios. Se necesitan todos esos factores para que una biblioteca funcione. Cuando pienso en una buena biblioteca, cuando la siento como buena al visitar o utilizar alguna, es una mezcla de todo lo dicho lo que hace que allí ocurran cosas y la gente encuentre lo que buscaba o cosas que ni siquiera llegó a imaginarse. A partir de ahí, creo que las bibliotecas pueden seguir ofreciendo servicios útiles y que los bibliotecarios podemos dar respuesta a muchas necesidades muy actuales.

Una mirada al jardín de atrás

Pero ¿de qué bibliotecas hablamos? Y también, ¿a qué crisis nos referimos? Porque lo cierto es que para gran parte del mundo esta crisis, nacida en los países más ricos, no ha supuesto, de momento, una situación peor en ciertos aspectos. En algunos lugares las bibliotecas, lo mismo que la gente que las usa, están acostumbradas a convivir con las dificultades. Se podría decir que siempre han estado en

crisis. Nuestras desgracias “primermundistas” llevan años golpeando a la mayor parte del planeta, con mucha más saña de lo que aquí notamos ahora. De un manera que podríamos definir como “corregida y aumentada”. Mientras a este lado del paraiso los tijeretazos presupuestarios, las medidas de recorte social y la limitación de los derechos laborales caen sobre unas sociedades asentadas en un cierto grado de “estado del bienestar”, en la mayor parte del mundo esas medidas no se toman porque ya se funciona sin derechos y la precariedad se mantiene como la forma de vida habitual.

¿Qué pasa con las bibliotecas, cuando existen en esas circunstancias? O mejor ¿qué pasa en esas bibliotecas que le pueda servir a la gente? Quizá influido por los paisajes que me toca visitar por mi nuevo trabajo he querido mirar a esas bibliotecas que cumplen su función en lugares que siempre han estado en crisis.

Me acuerdo de la Biblioteca de Bella Vista en Córdoba, Argentina. Lo que había sido un barrio obrero ahora es un lugar para personas que no tienen hueco en la lógica del capitalismo globalizado. Resulta que la producción es más barata en cualquier otro lugar y las fábricas se mueven dejando atrás a los que ya no sirven, no encajan, no interesan. Bella Vista se ha llenado de parados de extralarga duración, de niños que no terminan la escuela elemental o que salen de ella prácticamente analfabetos, de droga, de violencia, de represión policial para que las cosas no se salgan del arroyo.

En esa parte indeseable de la ciudad es donde la Biblioteca Popular Bella Vista (nacida desde la gente con la ayuda de la Fundación Pedro Milesi) actúa y planta cara a la crisis desde su mismo nacimiento en 1982. Pasaron algunos años desde que se planeó hasta que en 1990 abrió sus puertas y pudo poner a disposición de todos, las colecciones que habían ido donando distintas personas.

Cuando yo conocí esta biblioteca popular, en junio del año pasado, se veía claramente cómo el inmueble había ido creciendo, con estrategia de caracol, y se habían multiplicando los servicios. Al almacén de una sola planta en donde se instaló le fueron naciendo pisos y nuevas colecciones. A los libros y revistas se sumaron los materiales sonoros, las películas y éstas los instrumentos para filmar. De tal manera que hubo que ir más allá de la sede primigenia y ocupar otros locales porque la lucha cultural no tiene límites: un huerto, un laboratorio de informática, una cancha de baloncesto que además es sala de baile y espacio teatral. Bella Vista

es una biblioteca que está en muchos sitios dentro del barrio, siempre cerca de la gente y con la consciencia de que unas alfabetizaciones llevan a otras.

El eje de todo sigue siendo la lectura, porque el medio centenar de personas que trabajan allí, muchos de ellos voluntarios, creen que leer es una puerta para el conocimiento entendido como instrumento para liberarse, para que las personas se hagan más dueñas de su destino. El acceso al patrimonio cultural y científico no debe estar vetado para nadie y eso es lo que están llevando a la práctica en Bella Vista y lo hacen con la biblioteca como herramienta.

Me llamó la atención la mezcla de edades (hay espacios y actividades para niños, pero también muchas posibilidades de aprender juntos gente de cualquier edad), la convivencia de medios (ordenadores, talleres de imagen y sonido, libros y revistas en papel) y la variedad de servicios (danza, teatro, talleres de cocina, artes plásticas, huerta, alfabetización informática, lectura, escritura, etcétera).

Susana Fiorito, una de las fundadoras de este proyecto colectivo, me contó el cómo y el porqué y me transmitió toda esa fuerza que mueve un proyecto basado en la solidaridad y en la apropiación por parte de los habitantes del barrio.

Bella Vista nos da varias lecciones de cómo una biblioteca sea útil en tiempos de crisis. En primer lugar, es un proyecto participativo y la gente ve la biblioteca, y lo que allí ocurre, como algo suyo, conectado con sus intereses y necesidades. Por otro lado, no se ponen límites a lo que puede hacerse en la biblioteca: plantar lechugas o cultivar frutales es tan importante como leer a los clásicos, escribir una carta reclamando al ayuntamiento mejores servicios en el barrio, usar el ordenador para aprender, contar, buscar, pintar un mural, cantar, bailar o filmar lo que ocurre en el barrio cuando la gente decide celebrar o luchar.

La Biblioteca de Bella Vista permite encontrarse con otras personas y enfrentarse al reto de aprender, disfrutar y enseñar. Sus colecciones tienen sentido porque la gente del barrio necesita alfabetizarse (en un sentido amplio y en el período que da de sí una vida) y la alfabetización es necesaria para vivir mejor y ser más dueños de nuestras vidas.

En este mirar al Sur encuentro otro ejemplo de biblioteca que actúa contra la crisis, esta vez desde el ámbito académico: la Biblioteca de la Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar, Senegal. En este caso, nos encontramos con un edificio singular, de arquitectura moderna, en medio



del campus de la antigua universidad de Dakar. Pero la belleza de árboles y edificios no puede ocultar las dificultades de una universidad masificada, con grandes problemas de organización, que se ve sacudida por frecuentes huelgas. Los estudiantes protestan por el deterioro de los servicios de comedor, por la falta de habitaciones en el campus o por la escasez de becas.

La biblioteca ocupa un lugar privilegiado dentro del campus, como símbolo de la importancia que tienen la información y la documentación para apoyar a la investigación y a la docencia. En sus instalaciones no sólo se ofrece acceso a Internet, también se preocupan por mantener en buen estado una de las mejores colecciones bibliográficas de África Occidental y ofrecen espacios para el trabajo en grupo o el estudio individual. En un campus que a menudo se ve sacudido por conflictos, en donde los servicios no son suficientes para los miles de alumnos que acuden cada día, y en donde, a veces, se generan situaciones de violencia, la biblioteca ofrece un singular espacio de paz y orden que representa un modelo en sí mismo. También se han preocupado por mantener espacios de descanso, donde los estudiantes, que a veces tienen que recorrer grandes distancias para llegar a la universidad, pueden relajarse o echarse una siesta.

La Biblioteca de la Universidad Cheikh Anta Diop nos muestra cómo se pueden ofrecer servicios de calidad en condiciones difíciles. Hay una gran preocupación por mantener la colección en buen estado (por cierto, la mayor parte de ella está en libre acceso) y los libros son restaurados con esmero. Al mismo tiempo, no se olvidan detalles, aparentemente frívolos, como el cuidado de los hermosos patios interiores en donde uno puede relajarse leyendo a la sombra de un árbol o el espacio para exposiciones que se abren a la comunidad universitaria y a toda la ciudad.

La biblioteca se convierte en un espacio de orden en un medio que se caracteriza por un alto grado de caos. ¡Hasta se guardan colas para entrar en el momento de la apertura!, cosa imposible de ver en el resto de la universidad. En la Cheikh Anta Diop la biblioteca está empeñada en hacer que crezca un tejido social que se basa en el respeto al bien común.

Esta biblioteca universitaria nos muestra que no todas las crisis están relacionadas con cuestiones económicas aunque ya sabemos que la pobreza es el imán de todas las desgracias. Hay aspectos igualmente importantes que tienen que ver con otro tipo de riqueza, y que las bibliotecas

pueden contribuir a generar, como son el civismo, la conciencia de lo público (lo que es de todos y necesitamos defender y cuidar) y la convivencia pacífica (que es la base de la democracia).

Una mirada al césped de la entrada delantera

En estos momentos, en los que la crisis está golpeando nuestra sociedad, es cuando más riesgo corren los servicios públicos. Cuando escasea el dinero es fácil caer en la tentación de pensar que las privatizaciones garantizan un mejor uso de los recursos. ¡Sobre todo cuando esos argumentos copan todos los espacios informativos! Desde las bibliotecas debemos contrarrestar ese discurso machacón del pensamiento único. Con los documentos que se ofertan, con las actividades que se organizan, es necesario darle a la gente los argumentos necesarios para que lo colectivo, lo compartido, encuentren su lugar.

Este desprecio de lo común se manifiesta, a veces, en comportamientos violentos o poco cívicos. En este caso las bibliotecas pueden apostar por la seguridad a secas o mirar a ver qué pasa con ese público que no respeta las normas. Creo que en la Biblioteca Pública de Guadalajara, por volver a nuestro entorno, están trabajando en esa línea para atajar conflictos de orden entre sus usuarios más jóvenes. Han acudido a colectivos que trabajan con sectores juveniles desfavorecidos y han dado voz a los propios jóvenes para discutir los problemas. Esa me parece una manera de darle a la gente armas para luchar contra la crisis: reconocerles su derecho a explicarse, a replantear su ira o su desconcierto.

La crisis, también, va a obligar a las bibliotecas a priorizar. Qué documentos, qué servicios son los fundamentales y, sobre todo, a qué usuarios van a estar dirigidos. No se trata sólo de pensar en que habrá menos dinero para gastar sino de ver qué podemos hacer con lo que tenemos y para quién lo hacemos.

Por eso, me parece interesante que las bibliotecas sigan mirando a su entorno y no dejen de lado su función social. Por poner otro ejemplo entre muchos, la Biblioteca de la Universidad de Cantabria sigue ofreciendo ordenadores, con acceso libre a Internet, para todos los que entran en sus instalaciones del centro de la ciudad que, por cierto, se encuentran junto a un comedor de beneficencia. La mayor parte de las personas que acuden a utilizar



Uno de los espacios de la Biblioteca Popular Bella Vista

ese servicio son emigrantes. Es de suponer que ahora que la ciudad cuenta con una flamante Biblioteca Pública se puedan crear sinergias entre ambas instituciones. Porque otra cosa que nos va a dejar la crisis encima de la mesa es la necesidad de cooperar.

Como no podría ser de otra manera, con la falta de presupuestos vienen problemas añadidos, aunque algunos ya estaban aquí, que encuentran el medio para crecer y hacerse más presentes: la exclusión, la violencia, la xenofobia, el racismo, la homofobia... Todo lo que contribuye a desintegrar a las comunidades, a que unos colectivos encuentren la manera de afirmarse frente a otros, es susceptible de desarrollarse en los momentos de crisis. Ante eso, las bibliotecas pueden ejercer como espacios de libertad, fomentar el pensamiento crítico (es decir, libre) y apoyar a quienes más lo necesitan.

“¿Crisis y Bibliotecas?, ¿qué mezcla tan rara es esa?” me decía una amiga cuando le conté lo que estaba escribiendo. “Como no sea que la gente cuando lee algo que le gusta se olvida de los problemas”. Pues puede ser, le dije, ésa sería ya una buena cosa. Pero otra mejor, se me ocurre, es que además de olvidar los problemas por un rato, de distraernos y de disfrutar con un ocio diferente, las personas podamos pensar qué crisis es ésta, a quiénes golpea con más crueldad y qué biblioteca necesitamos en medio de todo esto. ◀▶

La web de la Biblioteca de la Universidad Cheikh Anta Diop en donde se pueden ver imágenes y consultar los servicios. <http://www.bu.ucad.sn/cyberpac/default.asp>

Se puede ver una entrevista con Susana Fiorito en Youtube y disfrutar con su fuerza de octogenaria lúcida y luchadora. <http://www.youtube.com/watch?v=C41YM35TC0Y>

Merece la pena también visitar la web de la Biblioteca Bella Vista: <http://fundacionpmilesi.org.ar/sitio/index.php>